



## UNA DISCRETA CONFESIÓN

Tienen ustedes en sus manos el último número de la temporada, la edición extra de verano de Actualidad Económica, que, como saben de sobra, celebra este año su cincuenta aniversario. Me hubiera gustado hacerlo en otras circunstancias, con una economía boyante. Pero me temo que, presa la revista de su propia historia, el país se encuentra en momentos muy difíciles. Como los que presidieron su nacimiento. Entonces, en 1958, algunas personas más viajadas y preparadas que otras desplegaron su determinación y voluntad reformista para abrir el país al mundo. Hoy sería deseable que, salvadas las distancias, tuviéramos al frente de la nación un gobierno capaz de estar a la altura de las circunstancias. Es dudoso. Justo cuando las cuentas públicas han vuelto a entrar en déficit, el crecimiento está detenido y el paro empieza a menudear en cada familia, el presidente Zapatero no ha tenido mejor ocurrencia que celebrar sus primeros nuevos cien días. Me parece un acto obsceno. No sé si tendrá que ver con el llamado síndrome de la Moncloa, o con la soberbia y autoestima que preside todas y cada una de sus actuaciones. Pero estoy persuadido de que, en esta ocasión, el rey está cada vez más desnudo.

Dos son los propósitos que siempre han animado a Zapatero. El primero, según declaración propia, cambiar radicalmente el país, con sus famosas leyes sociales y de costumbres, al tiempo que con una intromisión infame en las escuelas a través de la polémica educación para la ciudadanía. Es un objetivo en marcha, que, sin embargo, enerva a la mitad de la sociedad y que tiene un incierto desenlace. El segundo propósito era demostrar a la nación que los socialistas eran capaces de gobernar la economía con la misma destreza y eficacia que la derecha. Este es un deseo definitivamente frustrado. La cebra tira inevitablemente al monte, y está inscrito en la genética socialista el vicio indeleble de gastar más de lo posible con el dinero de los demás. El socialismo está inexorablemente unido al despilfarro, y hoy lo comprobamos de nuevo. Ustedes dirán: ¿pero si han sido los primeros en conseguir superávit de las cuentas públicas? Yo les contesto: ya ven lo que ha durado el superávit: seis meses en cuanto han venido mal dadas. ¿Por qué? No quiero registrar una patente al respecto. Antes que yo, dos conspicuos socialistas han dado todas las claves. El primero fue el ministro Sebastián, por el que siento gran estima. Fue el que propició la abolición de facto de la ley de estabilidad presupuestaria de Aznar con el argumento de que un déficit cero a perpetuidad era un cierto contrasentido. Puede que lo fuera, a efectos teóricos, pero constituía un ancla impagable en un país lleno de políticos megalómanos. El segundo socialista conspi-

cuo que se ha retratado ha sido don José Blanco, por el que no siento clase alguna de simpatía. Este señor ha dicho, siguiendo a Sebastián, que el superávit público –del que tanto ha presumido– nunca ha sido un objetivo en sí mismo. Nos lo temíamos. Cuando la higiene fiscal no es prioritaria, la tentación de enlodarse es irrefrenable.

A esta revista, en fin, a mí en particular, le gustaría tener otro gobierno al frente del país. En interés propio, el de mi familia y el del resto de la sociedad. Me gustaría tener un gobierno liberal. Pero los tiempos de crisis no son buenos para el liberalismo. La opinión pública demanda protección. Se instala en el ambiente una profunda aversión al riesgo. Los políticos y el Estado hacen más acto de presencia que nunca. Los individuos somos normalmen-

te reacios a aceptar nuestra plena responsabilidad en el destino de nuestra suerte. Los políticos son reticentes a promover el mayor margen posible de libertad para los individuos. Y así vamos tirando, entre el infantilismo, el victimismo y la mediocridad, al paio de las ocurrencias de unos gobernantes a los que hemos cedido nuestro poder de decisión, y con él, lo mejor que tenemos, que es la capacidad de sobreponernos a las circunstancias, de pelear en los tiempos adversos, de aflorar nuestro potencial de generación de riqueza, cosa que sucede cuando somos puestos a prueba. Pero los socialistas no quieren ponernos a prueba jamás, no vaya a ser que se les hunda el tinglado.

Esta revista, queridos amigos, tiene la firme determinación de seguir fiel a sus principios fundacionales, que no son otros que la defensa de la libertad individual y del sistema capitalista. Sin ambages. Sin complejos –en el sentido inverso del que presume el PSOE–. Llamando siempre a las cosas por su nombre. Replicando las recientes palabras de David Cameron, el *tory* inglés que será el próximo primer ministro británico: "Hay que abolir la ley del silencio que impide deslindar lo bueno de lo malo... No podemos seguir empantanados en la neutralidad moral, en el relativismo y la equidistancia". Tal es el reto que atañe a las familias, a los educadores, a los políticos y a los periodistas. ■



**HAY QUE ACABAR CON LO  
POLÍTICAMENTE CORRECTO,  
ABOLIR LA LEY DEL SILENCIO  
QUE IMPIDE DESLINDAR LO  
BUENO DE LO MALO**